

# Entrevista con Ramón de la Osa

D. Ramón de la Osa, profesor numerario de Dibujo, artista y cazador, nada dócil para las entrevistas, va a contestar a nuestras preguntas:

—¿Muchos años de profesor en el Instituto?

—Muchos, soy el profesor más antiguo. Podría darte datos de la promoción de 1930, en servicio del Rey.

—¿Le gusta la enseñanza?

—Sí, aunque si hubiera de elegir de nuevo preferiría el arte.

—¿Cuántos años en la Secretaría del Instituto?

—Trece.

—¿Muchos, no?

—Demasiados, y además con una cantidad enorme de trabajo, debido a la escasez de oficiales en Secretaría. Ha habido épocas en que yo mismo me he visto obligado a hacer matrículas y a poner a punto las máquinas de escribir.

—¿Cómo era la vida del Instituto en los años anteriores a la guerra?

—Oh, eso es muy largo de contar.

—Pero, al menos, díganos: ¿la actividad política de entonces interesaba a los estudiantes, impidiendo quizá la marcha normal de las clases?

—Pues, creo que sí. Había los consabidos grupos de derechas e izquierdas, predominando la Institución Libre de Enseñanza.

—¿Qué fué de' Instituto durante la guerra?

—Continuó abierto, aunque yo no estuve en él. Me

echaron el día 5 de septiembre del 36.

—¿Cuándo volvió?

—Terminada la guerra.

—¿Profesores?

—Muy pocos.

—¿Alumnos?

—En los dos primeros años no llegaban a doscientos.

—Díganos algo de su vida de estudiante.

—Te contaré una. Fué en clase del eminente profesor de arte Sr. Ovejero. Fiado de su sordera, me atreví a hacer el siguiente comentario al cuadro de Las Lanzas: "si parece la vejez del Retiro...". Un mes justo estuve expulsado de la clase.

—Bien. Hablemos de su nuevo cargo. ¿Cuál es su misión en la Jefatura de Estudios?

—Soy auxiliar en la Jefatura de estudios

—¿Cómo ve el Instituto futuro?

—Muy bien, y precisamente el Dr. Martínez Val en este número hablará del porvenir del Instituto. Las reformas estarán terminadas para octubre.

La entrevista ha terminado. Precisamente con el último ejemplar en la mano de "Cuadernos de Estudios Manchegos" donde se relata minuciosamente la batalla de Alarcos.

D. Ramón, que como cazador conoce los terrenos ciudarrealeños, nos aclaraba algunos pormenores de la marcha del Miramamolín desde Calzada al Jabalón.

M. S. de la N.

## El encuentro con los Libros

El libro en la calle. Vendido y voceado. Proclamando de modo popular y vocinglero su posible carácter de mercancía barata y que se acaba.

...Pero aquel libro, el que se encarama en todo lo alto del montón que tapa cogiendo de lleno la franja gualda de la bandera española, me dará la sorpresa. En la Biblioteca Nacional, en las Bibliotecas Universitarias y Centros culturales había sido fichado ya.



Incluso algún estudioso de alguna biblioteca se lo había tropezado —había sido un descubrimiento personal—; y había tomado alguna nota que fué a resbalar quintaesenciada y goteante sobre un importante ensayo inédito... Hoy aparece renovado. Los colores heroicos de la bandera que cubre la madera del tenderete da a todo el montón de libros, reflejos de Episodios Nacionales. Una vendedora de castañas —parada en abril— lo ha sacado de oscuros depósitos de retales editoriales, y nos lo indica con su mano tiznada. Cor-

dialmente, y con la inconsciencia de quien sólo sabe muy externamente lo que vende, nos lo pone en la mano. ¿En qué se ha fundado —no en su lectura— para distinguirlo? ¿Qué misteriosos signos habrá encontrado en él? ¿Tienen los libros por sí mismos su lenguaje, aparte estrictamente de su contenido en palabras, Nuestro encuentro con ese libro no estaba previsto. ¡Hay tantas cosas importantes que no pueden estarlo!... Pero asistamos humildes, confiados, providenciales, al encuentro con las cosas. La mano tiznada nos ordena un "tolle lege" que quién sabe si puede tener valor transcendental.

Sí, desde luego, la ficha bibliográfica y el libro aconsejado conscientemente nos deparan el libro útil y exacto en cada caso; pero ¿por qué no confiar en la caballeresca capacidad de aventura del libro tropezado? ¿no tiene ese encuentro fortuito? —¿hasta qué punto providencial?— posibilidad de levantar las más espantables y nunca imaginadas acciones del espíritu?

Tal sentido del encuentro aventurero con el libro —¿hasta qué punto fortuito?— y ese misterioso lenguaje que los libros por sí mismos hablan, se nos ofrece aumentado en la Feria del Libro.

Aún más.

¿No es mi cultura fundamentalmente —en lo que tiene de mayor individualidad— el resultado de una serie de libros encontrados y ofrecidos por manos cordiales?

MANUEL CANO

Catedrático